

MEMORIA HISTÓRICA
SOBRE LA GUERRA DE
GERMANÍAS DE VALENCIA

— POR —

SANTIAGO LADRON

DE CEGAMA Y CORTAT

SÓCIO DE MÉRITO DE LA ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE,
CORRESPONDIENTE DE LA
ARTÍSTICA ARQUEOLÓGICA BARCELONESA,
DE LA JUNTA POÉTICA MALACITANA,
BENEMÉRITO DE LA SECCION DE CIENCIAS DEL
CÍRCULO PARTENOPEO DE NÁPOLES, etc.

1887

TARRAGONA.—Imprenta de E. Pamies.

2.3
LAD
mem

23

LAD

mem

73276206

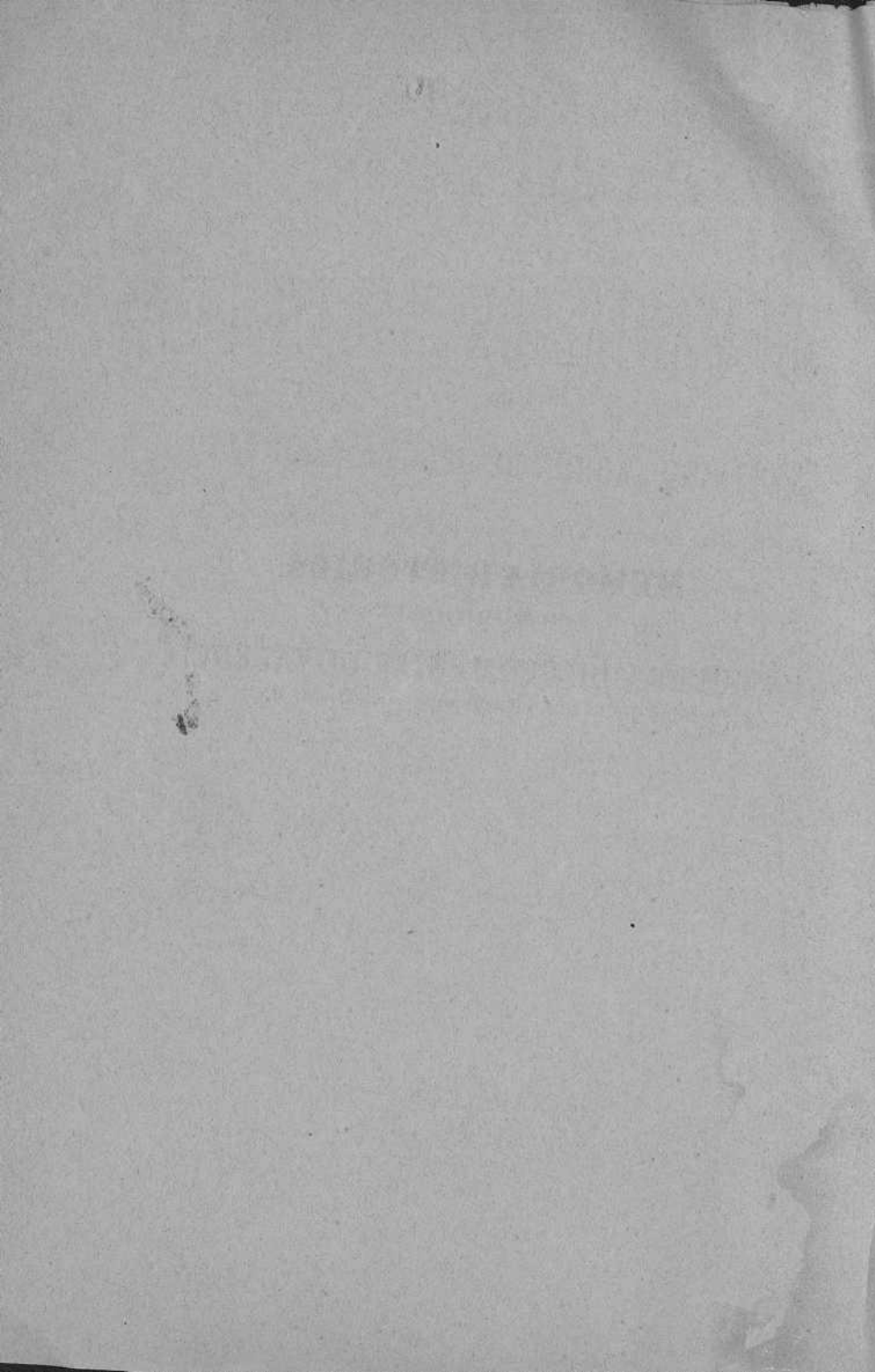
2.3
LAD
mem

MEMORIA HISTÓRICA
SOBRE
LA GUERRA DE GERMANIAS DE VALENCIA



73276206

2.3 LAD mem



2.3
LAD
mem

MEMORIA HISTÓRICA

SOBRE LA GUERRA

DE

GERMANIAS DE VALENCIA

POR

SANTIAGO LADRÓN DE CEGAMA Y CORTAT

Sócio de mérito de la Arqueológica Tarraconense,

correspondiente de la

Artística Arqueológica Barcelonesa,

de la Junta Poética Malacitana, Benemérito de la Sección

de Ciencias del Círculo Partenopeo de Nápoles etc.



TARRAGONA

IMP. DE E. PAMIES

1887.

R 612

Á LA SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE.

TIENE LA HONRA

DE DEDICAR ESTE INSIGNIFICANTE TRABAJO

EL AUTOR.



I

Voy á ocuparme de uno de los actos populares de mayor trascendencia para nuestra historia; en mi concepto, hecho que colocó la primera piedra del edificio «libertad y democracia.»

No pretendo desconocer la importancia política de las comunidades de Castilla, ni dejar de rendir un tributo de admiración al gran Padilla, pero mi criterio, me hace ver mas significación social en la guerra de las germanias, porque aquel movimiento, dirigido por tres nobles, demandaba un pequeño paso hácia el progreso, mientras que el segundo, mostró el poder del pueblo, contra el poder real y señorial, trazó la línea, que seguida por la sociedad moderna, ha venido á desenvolver cuantas teorías se han reconocido como conducentes al perfeccionamiento social.

La revolución francesa ¿es otra cosa que una reproducción de la guerra de germanias? Esteban Marcell ¿no es una fotografía de Juan Lorenzo, imponiéndose con su arrebatadora elocuencia y dirigiendo con su privilegiado talento á la muchedumbre por la verdadera senda, que había de llevarles á la realización de sus deseos? Mil consideraciones se agolpan á la imaginación, ante este acto, pero como la misión de esta memoria, es narrar un hecho histórico, no político, en el transcurso del relato, iré consignando aquellas observaciones, que en buena crítica, sirven para realzar la importancia del hecho.

Era costumbre en el reino de Valencia que cuando los árabes, intentaban un ataque contra la integridad del territorio, se armasen todos los artesanos para acudir á la defensa de su patria, esta fué una de las circunstancias que mas influyeron en las revueltas del pueblo.

En Valencia, como en todas partes, el pueblo guardaba un ódio mortal contra las clases privilegiadas, ódio alimentado por quién tenia tal ó cual ofensa que vengar; este era el estado de aquel reino en 1519, cuando la peste se presentó terrible, contando por sus víctimas los minutos y sombreando ese cuadro aterrador de la epidemia.

Muchos nobles habian huido, circunstancia que aumentaba la desesperación del pueblo, cuando cundió la noticia de un desembarco de los árabes, noticia que, tal vez, fué lanzada á la publicidad por ese alguien desconocido que organiza los movimientos preparatorios de las revoluciones.

Ya el pueblo armado y descontento, observóse aquella calma que precede á los grandes acontecimientos, aquellos momentos en que todos desean obrar, pero sin que nadie se decida, aquella situación en que el mas pequeño pretexto, impele á la multitud con irresistible fuerza para conducirla al heroismo ó al crimen. Un fraile adocenado é ignorante fué en esta ocasión el designado por la casualidad, para romper el dique opuesto al desbordamiento popular. Celebrábase en la Catedral una funcion religiosa, cuyo sermón se hallaba encomendado á un mercenario llamado Castellví: éste, siguiendo la máxima de dominar al pueblo por el fanatismo, se extendió en consideraciones, encaminadas á probar que la enfermedad reinante, era un justo castigo del cielo, contra el pueblo de Valencia, manchado por el mas feo y repugnante de los vicios; la sodomia. Hubo sin duda, alusiones encubiertas en aquel indigno discurso pues al terminarse, el pueblo enardecido por el deseo de lavar

el borrón contra él lanzado, corrió á casa del aludido, que era un acomodado menestral, y con la sobriedad que preside á los primeros actos de la revolución le prendieron y entregaron á las autoridades eclesiásticas.

Instruido el proceso, se condenó al reo á prisión perpétua, pero el pueblo no se dió por satisfecho y no respetando el sagrado asilo de la Iglesia, arrastraron al acusado y su sangre fué la última página del prólogo de la revolución, pues totalmente desvanecida la timidez de los revoltosos, despues de arrastrarlo y quemarlo, se entregaron á algunos excesos, llegando hasta á allanar el palacio episcopal, entregarle á las llamas, y verificar un saqueo en el tesoro de la Catedral. Hasta aquí, el motin no tuvo carácter ni organización, limitándose á excesos disculpables hasta cierto punto, por el deseo de venganza, ayudado por el hambre y la miseria, compañeros de la peste.

Algunos hombres sensatos, quisieron aprovechar la efervescencia del pueblo, para dar organización y carácter político al movimiento y armaron al resto del pueblo con objeto de reclamar un derecho, un arma legal que oponer á la nobleza, monopolizadora en el terreno moral de la justicia y del honor (1) y en el terreno material de la agricultura y por consiguiente de la industria y el comercio. A este fin, se organizaron en secciones, á las que dieron el nombre de germanias.

Aquí es donde empieza á destacarse la gran figura de aquella revolución, el inmortal Juan Lorenzo, cuyo nombre habia de pasar á la historia, como hombre de elevado talento y como apóstol de la libertad y de la democracia. En el atraso intelectual de aquel tiempo, nadie como Lorenzo, para imponerse á la conciencia de la multitud, pues á sus cualidades personales unia, ó tal vez debia, el renombre de pronosticador del futuro.

(1) Refieren algunos historiadores que llegó el cinismo de la nobleza, hasta arrebatár las desposadas plebeyas al salir de la Iglesia.

El primer acto de Lorenzo, fué el de hacer que el pueblo tomase una organización política, nombrando por sufragio una junta suprema, compuesta de trece individuos, á cuyo cargo estuviera la representación del pueblo, como fuerza civil y como fuerza armada, así como el cumplimiento de los principios fundamentales de justicia, única ley en aquel período. El pueblo, que siempre se deja guiar por sus apóstoles, nombró aquella junta, de la que debió ser presidente célebre Guillem Sorolla, (1) porque es el que figura con la representación del consejo de los trece en todos los actos de la revolución. Parece que á Sorolla le animaba el deseo de vengar ciertas injurias recibidas por la nobleza.

Al ver los nobles que los sucesos iban tomando un carácter, á más de sério, imponente, enviaron una diputación al rey, pidiendo que pusiera coto á los desmanes populares, y el emperador dictó una orden para que los agremiados depusieran su actitud hostil, entregando las armas. En la mayoría de los agermanados, hizo este mandato el efecto de un león que se presentase ante una indefensa carabana: faltaba el espíritu revolucionario individual y les ocurría lo que al niño cuando falta por primera vez á la patria, autoridad y su pecado es descubierto. Pero estaba allí Juan Lorenzo, la personificación de la idea popular y dió de ello, nueva y cumplida prueba. Al tratar en asamblea general de gremios la actitud que debiera adoptarse ante la real orden, se alza su voz y con notable lógica demuestra que la resolución del monarca, depende de su predisposición de ánimo contra las germanias, é indica que para neutralizar el efecto, hay que oponer otra fuerza tan poderosa como la causa que le produjo y por lo tanto, pide el nombramiento de una embajada, que con entereza y verdad, exponga al rey los descos de los agermanados y los móviles, que han

(1) Su verdadero nombre era Guillem Castellví.

hecho precisa su actitud. Unánimemente adoptada la proposición se nombra la embajada compuesta de Guillelmo Sorolla y Juan Caro, otro ferviente adorador de la causa popular.

Parece mentira que en un acto tan trascendental como un movimiento del pueblo, puedan ser circunstancias de vida ó de muerte, algunos hechos aislados, á los que no se concedería la menor importancia. Esto ocurrió con el desprecio que los nobles hicieron al cardenal Adriano Utrech, más tarde Adriano VI en la silla de San Pedro, y en aquellas circunstancias consejero del emperador Carlos I. El soberano, que á la sazón, se hallaba absorbido por los cuidados de preparar su expedición á los Países Bajos, delegó en el cardenal Utrech, para que en su nombre jurase los fueros valencianos y recibiera el pleito homenaje de aquella nobleza, pero los magnates del reino citado se negaron á reconocer el enviado del rey, alegando que era un acto personal que no podía tener efecto sino entre el Estamento y el soberano. Ofendió vivamente este desaire al prelado y el ultraje halló eco en el emperador, que profesaba vivo afecto á su íntimo consejero y maestro.

Esto facilitó la gestión de la embajada de los trece, pues fueron halagüeñamente recibidos por el monarca, en cuyo ánimo pesaban aun, el desacato á su orden y la rivalidad histórica entre los poderes real y señorial: con las reservas de prudente político y experto diplomático, evitó su opinión sobre los sucesos y les concedió autorización para organizarse en gremios, armarse y celebrar revistas militares. Les encareció el respeto á las leyes, el reconocimiento de los derechos reales y el cumplimiento de los deberes del ciudadano.

Grande entusiasmo produjeron en las masas estas concesiones que en real pragmática trageron los embajadores y aquel génio infatigable de la revolución, Lorenzo, comprendiendo que estos favores del severo em-

perador, obedecía á una presión de circunstancias que podía desaparecer, con la sencillez de su nacimiento, quiso aprovechar la ocasión para realizar dos ideas de importancia: sumar las fuerzas de las germanias y emprender una campaña de propaganda en pró de la idea nacida en el pueblo y por el pueblo sustentada. Para ello y pretestando un agasajo á la real cédula, por su iniciativa se organizó una gran revista de fuerza armada, invitándose para presidir la fiesta al cardenal Adriano.

Aquí, en este acto, se presenta Lorenzo con toda la brillantéz de su talento político, la invitación al cardenal es un rasgo digno del mejor diplomático de hoy; por ella conseguia dos prodigiosos efectos; mostrar al pueblo que no se hallaba huérfano y aislado en la demanda de su derecho y desarrollar ante el enviado del rey y la nobleza, un ejército fuerte por la fé en su derecho, por el valor de la dignidad herida y por la disciplina del amor á su pátria y á su nombre.

Se verificó pues la revista ante gran parte de los señores y todo elemento oficial con Adriano de Utrech á su cabeza, teniendo lugar el magnífico espectáculo de desfilar ocho mil hombres, bajo veinte banderas á los gritos sinceramente entusiastas de ¡viva el rey! ¡viva la justicia!

Después de planteada la primera idea y con el fin de desarrollar la segunda, se enviaron delegados de la junta de los trece á las demás ciudades y villas del reino, para que excitaran sus deseos de independencia, invitándoles á secundar la iniciativa de la capital. En los distritos rurales, en las pequeñas villas, donde la opinión pública, única consideración que podia sujetar á los nobles, no existía, el señor ó el baron, el prior ó el alcalde, hollaban á cada momento esos derechos, esos privilegios, que el hombre tiene, por el solo hecho de su nacimiento; y el clamor de venganza, se elevaba aterrador, ora demandándose por el honor de la doncella mancillada, ya pi-

diese represalias de la sangre de un padre y de la miseria de la esposa y de los hijos. ¿Habrà que consignar el entusiasmo con que fueron acogidos los representantes de la junta suprema? Aquí hombres, instantáneamente armados, invocando con impaciente furor la hora del combate, allí el oscuro menestral, convertido en tribuno, narrando la vergonzosa historia del pasado, en parangón con el hermoso poema del porvenir, el tímido vasallo, dispuesto á presentarse como juez del orgulloso señor, la desolada viuda, armando el brazo de su hijo y enardeciendo su alma, con el recuerdo de su padre, muerto: tal es el débil cróquis del cuadro que ofreció el reino de Valencia despues de los trabajos de los propagandistas de la emancipación.

Pero en todas las revueltas populares existe un algo que nadie conoce, que en lo antiguo se llamaria mal espíritu y nosotros podemos llamar mano oculta, que impele al revolucionario por la vertiginosa pendiente, en que no se piensa, porque la rapidéz de la marcha no deja percibir los objetos á los ojos de la razón: y en Valencia ocurrió lo mismo; hubo hechos vergonzosos, cuya responsabilidad no puede atribuirse al pueblo, ni á sus tribunos; sino que el respeto á las públicas creencias, hace que se eche un velo, sobre las causas que los producen, por no sentirse herido de repugnancia.

Murviedro fué el tono rojo y negro de aquel cuadro: hubo quien quiso oponerse á la revolución y el clamor del pueblo se elevó tan aterrador, que los opositonistas, temiendo por sus vidas, corrieron á refugiarse en el castillo, defensa de la villa. Pero ¿qué es oponer un muro, ni una fortaleza á una multitud que se desborda? poner un juguete en manos de un niño, que ño ha de tardar una hora en destruirlo. Así fué la germania de Murviedro, pronto el castillo fué asaltado, pronto los ayes de los heridos poblaron el espacio, pronto los cadáveres sirvieron de calzada á los asaltadores que enar-

decidos por la resistencia opuesta á sus deseos, todo lo invaden, todo lo destrozan hasta llegar á la capilla, donde se han refugiado los pocos defensores que quedan en la fortaleza y allí el delirio se transforma en paroxismo y el brazo se cansa de herir y la sangre y los restos inanimados no pueden ser contenidos en el sagrado recinto y hasta la atmósfera se concentra, como si la inmensa multitud de almas que vuelan al espacio, fueran por su inmensurable número á rebosar los límites de lo etéreo.

Se hicieron algunos prisioneros en el asalto del castillo y al otro día fueron ejecutados, en aras de ese espíritu de crueldad, que borra en estos casos del alma, los sentimientos de lo humano.

Siguen á Murviedro en la cronología de los teatros de sangrientos sucesos, Alcira, Orihuela, Játiva y pueden inscribirse en la lista de inmolados con mas ó menos justicia, infinidad de ciudadanos que aconsejados por su conciencia y por la estraña, creyeron deber oponerse al movimiento. Mientras tanto Valencia se mantenía en actividad propagandista, pero sin consumir ningun hecho; sosteniendo el lema de su bandera: *Paz, Justicia y Germania* y á tanto llegó su pasividad, que los nombres pudieron reunirse y nombrar una junta contrarrevolucionaria que se entendiera con el cardenal Adriano, el cual, cegado hasta entónces, por su deseo de humillar á la grandeza, no se había dado cuenta, ni de la importancia propia del movimiento, ni de la que él mismo le había prestado al presidir la fiesta militar.

Al pueblo le faltaba el primer impulso que iniciase el movimiento de esta segunda etapa de revueltas. No fué ahora el causante un religioso, sino un artesano llamado Melet ó Malet, que quiso abrir un nuevo establecimiento sin conocimiento del síndico del grémio, quién al saberlo acudió en queja al vi-rey, pero esta fué retirada por sugerencias de un noble de la ciu-

dad. (1) Ofendido el pueblo y en particular el gremio, esperóse un viage del protector de Melet y se reprodujo la reclamación anterior. Al saberlo el noble, regresa de improviso á la ciudad y acaba, á cuchilladas con la vida del síndico del gremio, autor de la reclamación, abriendo el establecimiento por su cuenta y erigiéndose en retador de la ira del pueblo.

Valencia entera sufrió una conmoción galvánica ante este hecho, y ardiendo en deseo de venganza, se dirigió á casa del noble y al establecimiento de Melet, con intenciones de hacer sufrir un ejemplar castigo á quien así queria oponerse á la voluntad de un pueblo. Merced á las gestiones del Cardenal Adriano y del Marqués de Zenete, que conservaban algun prestigio sobre las masas, se tomó como medida conciliadora el destierro del señor de Pardines y Melet, mas la destrucción de todos los objetos y útiles y cierre de la tienda, origen de la cuestión. Pero el pueblo no satisfecho con esta medida, pregonó, poniendo á precio, las cabezas de los desterrados, que habiendo salido estos sigilosamente de la ciudad, era la única cosa, factible en el momento.

Convencióse el Cardenal de la importancia del pueblo y de lo tarde que era, para intentar nada conciliatorio y de acuerdo con los nobles, envió al rey un mensaje, en el que ponía de relieve la grave imprudencia cometida, dejando formar un poder, verdaderamente respetable, á la sombra de un pueril deseo de venganza.

Las germanias, por su parte, noticiosas de esta embajada y contando con el apoyo de algunos extrangeros de prestigio en la córte, comisionaron al miembro de su junta Gerónimo Coll, para que avistándose con el emperador, lograra destruir el efecto producido por la anterior embajada.

Carlos I, que á la sazón se hallaba en la Coruña, re-

(1) El señor de Pardines.

cibió ambas misiones diplomáticas y comisionó á su vez con orden severa de conjurar el conflicto, por cualquier medio, al conde de Mérito, que en su cualidad de vi-rey (tal era su nombramiento) y siguiendo la tradición se dirigió á Cuarte, antes de entrar en Valencia, llegando al primero de estos puntos el 18 de Mayo.

Mientras esto último tenía lugar, otras ocurrencias políticas traían preocupada á la capital del reino valenciano.

En el tiempo transcurrido entre el nombramiento del vi-rey y su llegada á Cuarte, había regresado Gerónimo Coll de la Coruña, con una real cédula, en la que el soberano, atendiendo á las justas reclamaciones de los agermanados, les concedía la facultad de nombrar dos jurados de su clase. Satisfechos los agremiados, habiendo llegado el día de la elección de aquellos funcionarios (7 de Mayo) presentaron su concesión á fin de que se les facilitára el ejercicio de su derecho, que les fué negado, bajo un pretexto que de ser cierto, echaría un negro borrón sobre la vida de uno de los mas grandes emperadores. Dijóse que Carlos I habia escrito una segunda carta, por la que anulaba la concesión hecha á los agremiados en la primera.

* * *

Al dia siguiente de su llegada á Cuarte, el conde de Mérito envió á Valencia las credenciales que le acreditaban como vi-rey. Entonces Lorenzo, dando otra muestra más de su talento político, comprendiendo que el nuevo funcionario, había de ser enemigo de la causa de las germanias, propuso él que éstas, se negasen á reconocerle, en un razonamiento cuya síntesis era la siguiente: ¿como quereis que reconozcamos á un plenipotenciario de un rey, que aun no ha jurado nuestros fueros y al que, por lo tanto, no hemos prestado homenaje? Ciertamente que no podía hablar así, quien habia invocado como título de derecho cédulas del mismo soberano.

pero esto nos da la medida de su habilidad. El clero y la nobleza, asiéndose desesperadamente á la esperanza de terminar las revueltas, si bien quedaron confundidos con el argumento aducido por el jefe de las germanias, manifestaron que atendiendo á lo crítico y excepcional de las circunstancias, ellos reconocían al nuevo enviado del soberano.

En vista de esto la junta de los trece, procuró hacer simpatizar al vi-rey con la causa del pueblo, y para ello salió á Corte una comisión con el esclusivo objeto de invitar al real representante á una fiesta militar como la presidida por el cardenal de Utrech, cuyo único objeto, se comprende que era imponerse al vi-rey por la ostentación de fuerza; pero el conde de Mélito, hombre prudente y circunspecto, recibió con frialdad, sin negar, ni conceder nada á la comisión de la junta suprema de las germanias.

En todas las revoluciones, cualquier hecho de importancia, señala un período de armisticio, en el que los brazos reposan, mientras los cérebros trabajan: tal sucedió á la toma de posesión del nuevo vi-rey, las hostilidades se suspendieron y la política recobró su imperio. La junta de los trece se limitó á formular su reclamación, sobre el derecho concedido por el rey de elejir dos jurados plebeyos.

Deseoso el conde de Mélito de conseguir por la persuasión, para evitar las catástrofes que se presentaban en el porvenir, evocadas por la negativa convocó á un consejo, en el que los nobles se opusieron á la pretensión de los agermanados, bajo la escusa alegada anteriormente. Guillem Sorolla al oír esto, fuera de sí, prometió que se eligirían los jurados del pueblo ó la sangre correría á torrentes. (1)

(1) Pues bien, habrá jurados plebeyos ó la sangre inundará el pavimento de esta casa.—Historia de Cataluña.—BALAGUER.

No tardaron en sentirse los efectos de la negativa: llegó el día de la elección y el pueblo tomó una actitud tan amenazadora, que el consejo creyó prudente en aras del bien público, modificar su acuerdo, dando cabida á los plebeyos en la elección. Pero el vi-rey, por uno de esos fenómenos tan incomprensibles como vulgares en el espíritu humano, se opuso con todas sus fuerzas al reconocimiento de los dos jurados del pueblo y llevó su tenacidad hasta el punto de manifestar que no prestaría juramento si los menestrales electos, permanecían en el consejo.

Gracias á Lorenzo, el pueblo se limitó á mostrar su enojo y á hacer desfilar su fuerza armada por delante el palacio vireynato, indicando con esta manifestación que no temían al vi-rey, porque tenían argumentos contundentes para sostener su actitud. El régio funcionario, arrepentido de su fogosidad, quiso establecer conciliación y al efecto se dirigió á los agremiados manifestándoles que perdonaría el pasado, si ellos deponían su actitud. Tal elocuencia empleó en aquella negociación de cuyo buen resultado dependía su fama de político, que los trece convencidos hubieran otorgado, á no destacarse la simpática figura del insigne Peris, que en elocuente discurso desenvolvió la teoría de que un perdón supone la comisión de un delito anterior á él, y no es, no puede ser criminal el pueblo, que defiende su honor, que lava las manchas lanzadas sobre su nombre y que reclama el derecho que la naturaleza ha concedido al hombre al crearle: la libertad.

Un razonamiento lógico, realiza en la voluntad humana una completa transformación; despues del discurso de Peris, volvióse la opinión de los agermanados y las corrientes benévolas cruzadas antes, entre el vi-rey y el pueblo, convirtiéronse en vientos hostiles de los gremios al conde de Mérito. Tornóse á buscar un pretexto para el rompimiento y hallóse en la sentencia

de un reo, cuyo proceso habia sido irregular, el cual al ser conducido al cadalso, fué arrebatado de manos del verdugo y puesto en libertad por el pueblo. Primer eslabón de una cadena tan bien forjada, que solo la presión de la muerte y de la sangre habia de ser poderosa para romperla.

Dado el primer paso, los demás se avanzan forzosamente. El pueblo se dirigió á casa del vi-rey, que opuso una vigorosa resistencia, hasta el punto de hacer cejar al núcleo invasor en su propósito, pero un ardíd, una idea de aquellas que nacen al calor del despecho y que se extienden con la rapidéz de los rayos luminosos de un foco entre las tinieblas que disipa, estuvo á punto de inclinar la jornada al lado de los amotinados, victoria que evitó el incidente que mas adelante veremos. La idea, la palabra que infunde nuevo ardor, que sentencia cientos de víctimas, que es la síntesis de la hecatombe se lanza: há muerto Sorolla y esta frase se repite y se pierde en la última boca, siguen unos instantes de estupefacción, á aquellas imaginaciones les hace el mismo efecto la muerte de su tribuno y gefe, que si el sol se hubiera oscurecido para siempre, les falta algo, que no se dan cuenta á comprender, aquella vida truncada reclama algo y este algo acaba de mostrarse, se forma en una idea, toma cuerpo, sale de unos lábios; venganza, muera el vi-rey! ¡muera los nobles! besa la estupefacción, el fuego invade los cerebros, la embriaguez de la venganza embota los sentidos y aquella multitud se agita en horrible algarabía, las gargantas enronquecen con la fuerza de los gritos, y el palo aturde, la espada hiere, la lanza mata y la muerte se enseorea, el vencedor se satisface y la víctima quizá inocente, cae maldiciendo si piensa que un creador que así abandona á sus hijos es injusto, murmurando una oración si cree que la muerte, no es mas que el paréntesis abierto entre una vida efimera y una existencia eterna.

El saqueo en varias casas fué completo, las víctimas cuyo nombre ha conservado la historia, quizá por la singularidad de su suplicio, son Gerónimo Arrió, Antonio Bas y un tal Pous. La multitud se dirigió á casa del vi-rey, nuevamente, pero este conociendo, sin duda, que á un motin popular no se le resiste, había huido con su familia dejando encomendada á 200 hombres la custodia del palacio, que hubiera caído en poder de los sublevados, de no presentarse ante la multitud un eclesiástico llamado Fray Martí, que haciendo oír su voz entre el estruendo del asalto, manifestó que Sorolla no había muerto, y como viese pintada la incredulidad en el rostro de sus oyentes, presentóse en la morada del consejero popular y suplicando de rodillas, tanto conmovió á este, tan bien supo excitar sus sentimientos de humanidad, que consiguiendo llevarlo consigo lo presentó á la multitud diciendo; no ha muerto Sorolla, héle aquí vivo. El pueblo frenético de entusiasmo olvidó sus belicos deseos, quizá sintió remordimiento de lo hecho y quiso hallar el olvido en su regocijo; abandonando el combate, alzó á su tribuno en hombros y lo paseó en triunfo á los gritos de ¡viva Sorolla! ¡viva el pueblo!

Muerto Sorolla parecía como si la causa del pueblo hubiese sido vencida, no ha muerto Sorolla, nuestra idea vive, nuestros derechos se alzan cada vez mas imponentes, exigiendo su reconocimiento.

* * *

El vi-rey convencido de que su presencia, solo lograria excitar los ánimos, se trasladó á Concentaina, en cuyo punto recibió una comision de la nobleza de Játiva que le suplicaron se trasladase á su ciudad, desde dónde resistirían ó quizá dominarían la revolución accedió el conde de Mérito, pero las germanias, no dándose punto de reposo, reanimaron la propaganda revolucionaria,

consiguiendo avivar de tal modo el deseo de libertad, que el representante del rey, ante la actitud del pueblo hubo de refugiarse en el castillo. Los agermanados jativenses, mientras tanto constituyeron su junta poniéndose en relación con lo de los trece de Valencia.

En la capital la revolución había creado tal atmósfera, el pueblo estaba tan unificado para la realización de sus ideales, que la nobleza se vió obligada á abandonar la población. Así estaban las cosas, cuando una imprudencia de D. Pedro Ladrón de Cegáma, primogénito del vizconde de Chelva vino á escitar los ánimos nuevamente, siendo origen de lamentables acontecimientos.

Aquel jóven señor mandó ejecutar en sus estados al jefe de los agermanados de la localidad siendo recibido este acto cruel con tan profunda indignación por los agremiados de Valencia, que la Junta se creyó en el deber de convocar una asamblea general revolucionaria.

Expuesto el tema cuya discusión había de señalar el camino de la venganza de Andrés Fortuny tal era el nombre del agermanado víctima, y despues de un debate en que el mesurado consejo del anciano, se cruzó con la ardiente excitación del mozo, brotaron esos acuerdos que participan de la prudente experiencia de la sensitud y de los impulsos fogosos de la juventud, que son los siguientes: 1.º Se demolerá y arrasará la casa propiedad de D. Pedro Ladrón de Cegáma, situada en la plaza de Calatrava. 2.º Un cuerpo de ejército voluntario, en número suficiente para sostener su pretensión, pasará á Chelva y demandará venganza del atropello cometido por el primogénito del vizconde.

En los movimientos populares la actividad es una de las circunstancias de mayor relieve, así es que los acuerdos tomados fueron puestos en ejecución inmediatamente.

En cuatro ó seis horas quedó reducida á un montón de ruinas la suntuosa morada de los Chelva y al dia si-

guiente partía para los estados del noble una división de dos mil hombres. El vizconde y su hijo, al tener noticia de la llegada de los amotinados, abandonaron el castillo, refugiándose en sus estados de Manzanera. Llega la fuerza invasora y no pudiendo saciar su venganza en quién debía por ley ser víctima, atacaron el castillo y lo entregaron á las llamas, volviéndose á Valencia con un rico botín, recogido en varias moradas de hidalgos, saqueadas al paso.

La Junta de los trece, inició su tarea legislativa con dos resoluciones infiltradas del espíritu de igualdad y libertad: era la primera que nobles y plebeyos en los mismos delitos, fueran castigados con idénticas penas, suprimiendo la de horca para los villanos, si no se hacía extensiva á los grandes: la segunda apercibía á los barones, condes, marqueses y duques; que limitándose las germanías á la petición de un derecho, guardando una actitud expectante sin entrometerse en vidas ni haciendas de nadie á no ser provocado, se abstuvieren de hacer armas contra las fuerzas movilizadas, bajo pena de proscripción y confiscación de bienes, armas y caballos.

Mientras tanto que el pueblo era soberano del reino, por medio de su Junta de los trece las poblaciones en masa se iban adhiriendo y nombrando sus juntas locales y sus diputados para entenderse con la suprema.

El grito de libertad se había lanzado y había repercutido: el pueblo comprendía su poder y se admiraba de la sencillez de su ejercicio. Aquellos hombres murieron, pero la idea ha llegado incólume hasta nosotros. ¡Cuántas cabezas no ha costado desde Sorolla, Padilla y demás compañeros, hasta Riego el que el pueblo pueda usar algo de su derecho!

Si pudiera conseguirse la unificación de miras, la identidad de procedimientos, siquiera fuese entre los habitantes de un pequeño estado, tendríamos el modelo de la perfección social pero el mundo es una verdadera torre de Babel donde si hemos logrado entendernos por la palabra, jamás conseguiremos hacer coincidir dos puntos de vista, aunque se refieran al mismo asunto.

Morella vino á ser la nota discordante de aquella armonía revolucionaria y tal fué su disparidad que ni la elocuencia de Lorenzo, ni el ejemplo de Sorolla, lograron hacerla entrar en el concierto de las germanias. Los jurados y el pueblo, despidieron á los propagandistas de la ciudad sin razonamiento, sin argumento, con la sola promesa de que antes de acatar y reconocer los hechos de la revolución, se matarían unos á otros.

Comprendiendo que la revolución pretendería imponer, ya que no había logrado persuadir, los habitantes de Morella, se alistaron para su defensa bajo la real bandera, cuyo lema decía, *Noli me tangere quia Caesarisum*: tal conducta, mereció los plácemes del emperador, pero exasperó de tal modo á los agermanados, que fueron arrastrados hasta ese período álgido de las revueltas, en que el mas noble es el verdugo, el más simpático quien profesa ideas más crueles y el más popular, aquel que propone el medio de emprender una de esas jornadas que leídas en la historia, nos horrorizan hasta el punto de hacernos roja la página en que se halla escrita, rojas las letras que componen la relación.

Un habitante de Valencia, significó que el modo más expeditivo para acabar con los rebeldes, era que los caballeros, ya que ninguno quedaba dentro de los muros de la ciudad, prendieran fuego á la población. Aun no cundió la noticia, cuando el iniciador fué encarnizadamente perseguido, sin que el sagrado de la iglesia, en que se refugió calmara la escitación del pueblo, que arrastrándole tras de sí, iban á sacrificarle, cuando se

dió el espectáculo de cometerse por el pueblo un nuevo exceso: la profanación.

El sentenciado por ese tribunal, que no delibera, que no reconoce leyes y que es á la vez, magistrado y verdugo, caminaba ó mejor dicho, se dejaba llevar por la muchedumbre lanzando esos desgarradores gritos que van dirigidos al mundo, sin saber si serán escuchados, cuando un sacerdote apiadado del infeliz y confiando en el supersticioso terror que inspiraba la iglesia y sus ceremonias, salió con el santísimo y al llegar á dónde estaba el desgraciado, cubrióle con una forma sagrada y extendió sobre él sus vestiduras. Pero el pueblo nada reconoce, es muy débil valla, una oblea y un pedazo de tesú para contener su cólera y arrolla al sacerdote y á la víctima, las sagradas formas, son holladas por el súcio zapato del granuja, el copon y las vestiduras son profanadas por la asquerosa saliva del beodo y el pueblo saltando esa valla invisible, pero imponente, la moral pública, se apresta á terminar la vida de su víctima, cuando se presenta Juan Lorenzo, que con grandes esfuerzos logró amansar á los revoltosos pero tal era el estado de su ánimo quebrantado por lo titánicos esfuerzos de inteligencia y tan dolorosa la perturbación que en él produjo la poco correcta actitud de los ciudadanos que falleció á las pocas horas, víctima de una de esas dolencias en las que el espíritu es el más activo agente, privando á la revolución de su cerebro pensador, dejando el brazo ciego, llevándose consigo la teoría liberal, separándola de la práctica licenciosa.

¡Honor al gran filósofo, al eminente patricio!



La Junta de los trece, mientras tanto, proseguía su organización, habiéndose repartido los cargos públicos y encargados de la administración, política económica

y judicial del reino, en la parte adherida á la revolución. Sus primeros nombramientos fueron los de Caro y Peris como capitanes de las fuerzas agermanadas y el de Sorolla para gobernador.

Los nobles por su parte congregados en Denia, bajo la presidencia del vi-rey, no dejaban de tomar disposiciones, habiendo conseguido de Carlos I que les enviase un plenipotenciario, que lo fué D. Juan Gonzalez.

Tan honda había sido la impresion de tristeza hecha en el ánimo de la plebe por la muerte de su tribuno, que los nobles juzgaron oportunos aquellos momentos de abatimiento para plantear las proposiciones que el soberano remitía por medio de su nuevo enviado.

Con esta disposición de ánimo se comunicó á los trece, que para terminar aquel período anormal era preciso que aceptaran las condiciones siguientes: 1.^a Reconocer como única legítima la autoridad del vi-rey Conde de Mérito. 2.^a Deponer su actitud, entregando las armas. 3.^a Dar una satisfacción á los nobles, en la forma que estos quisieran de los ultrajes y pérdidas sufridas; y 4.^a Anular la elección de los jurados. El embajador real, Gonzalez pasó á Valencia y leyó estas proposiciones á los agermanados, siendo tal la indignación de estos al oírlas que obligaron á huir al enviado, temeroso de que la actitud hóstil del pueblo se tradugera en hechos atentatorios á su inmunidad como parlamentario.

Y aquí termina la parte política de esta guerra, pues tal era el alcance de los hechos, que solo la lucha y la lucha horrible desapiadada, sin cuartel, podía resolver la demanda. Preparáronse, pues, á ella, los nobles deseosos de conservar las tradiciones del pasado, los plebeyos con la fé de la nueva idea tratando de inaugurar una era de libertad, que igualase á los hombres, haciéndoles hermanos. ¡Pero había muerto Juan Lorenzo!

II

Morella fué el pueblo fratricida en aquella etapa, su obstinación y su crueldad, serian bastantes para atenuar los actos de las germanias, si en el sagrado de ese tribunal recto é inexorable, la conciencia, hallasen cennmiseración las crueldades.

Villafranca, Portel, Forcal, elevan sus clamores de libertad y Morella, como el chacal que se lanza sobre el tímido antilope, destruye aquellas villas y se ensaña en sus vencidos habitantes con una tenacidad cruel, que la pluma se resiste á relatar, porque el solo acto de escribir aquellos horrores, hace perder los sentidos, de pena como español, de vergüenza como hombre.

San Mateo repite el grito, su gobernador se opone y es sacrificado al furor popúlar, acuden los de Morella y toman una venganza tan terrible, que parece mentira que los cadáveres no les cercasen éomo un muro, por cuyas junturas había de filtrarse tanta sangre que ahogara á los vencedores.

En vano es ver al anciano, vecino de la muerte, implorar de rodillas y llorando, su blanca cabeza cae dividida por el hacha, de nada sirve que la madre oprima contra su jadeante seno al infeliz recién nacido, el tierno niño es separado de ella, para no volverle á encontrar sino en el infinito: nada importa la imágen, del sublime mártir que espiró en el Gólgota, para evitar la guerra, su efigie es mancillada: aquello no son hombres nacidos bajo el hermoso cielo de España, son furias salidas de las profundidades del Tártaro para destruir la humanidad.

Los nobles habían hecho un llamamiento general á los grandes y caballeros del reino y se ocupaban en los preparativos de la lucha, mientras los plebeyos enviaban una columna al mando de Miguel Estellés para poner coto á los desmanes de los morellenses.

La fuerza del pueblo avanzaba por el Maestrazgo, aumentando en cada pueblo, cuando sabiendo que un cuerpo de ejército mandado por el duque de Segorbe, recorría el país, determinó tomar como centro de operaciones el castillo de Oropesa. Las fuerzas del de Segorbe, que supieron este movimiento, despues de haber tomado y saqueado á Castellón, cayeron en número de unos tres mil, sobre el ejército popular cuyo total de fuerzas vendría á ser de dos mil. Trabóse el combate cerca de Oropesa y aunque los del pueblo pelearon con el heroismo de la fé y la desesperación, su impericia guerrera, hizo que fuesen totalmente arrollados, cayendo en poder de sus contrarios el jefe Estellés, cuya cabeza fué colgada en los muros de Castellón.

Este acto exasperó tanto á los agermanados de Valencia, que acudieron á la Junta para que convocase un alistamiento general, pretensión á que los trece hubieron de acceder. Eligióse caudillo de las fuerzas, que eran cuatro mil hombres aproximadamente á Jaime Ros y el primer acto de la división fué arrasar las poblaciones de Alcazor y Picesenh, que podían y debían servir de refugio á las huestes de la nobleza. La fuerza agermanada decidió, despues de medir sus fuerzas, poner sitio al castillo de Corbera, defendido por doscientos hombres á cuya cabeza se halla el intrépido D. Pedro Zanoguera. Con gran bizarría emprendieron el ataque los de Ros, pero con no menor coraje y valentía fué rechazado por sus bravos defensores, que al fin no hubieran podido resistir á la superioridad del número, pero la noticia de que el ejército real se aproximaba; hizo levantar el cerco á los plebeyos, terminando esta jornada, sin que se llevasen á cabo las crueldades, ni ocurriesen las desgracias que en otras.

El vi-rey, noticioso de la retirada de los agermanados, decidió acudir en auxilio del castillo de Játiva, cercado hacia tiempo, y sabido esto por Ros, determinó encami-

narse á este punto, para apresurar la rendición de la fortaleza. Los sublevados de la ciudad de Játiva, mantenían el cerco del castillo, vigorosamente defendido por Mercadé, alcaide y el señor de Sumacarcer con sus fuerzas. La llegada de los nuevos sitiadores mudó la faz de la cuestión, pues Mercadé se había sostenido con ventaja, merced á esa guerra especial de fuerzas indisciplinadas, cuya principal arma está en la boca; pero la presentación de la nueva columna, sujeta ya á un sistema de combate, habiendo recibido el bautismo de sangre, era un contrapeso que elevaba la balanza hácia el lado del alcaide. Regían las tropas á la sazón, Caro y Peris, que habían reemplazado á Ros y Urgellés respectivamente. Fué tanta su maestría al dirigir el asalto, que sostenido este durante tres días, los sitiados se hallaban irremisiblemente perdidos, si la hidalguía de los caudillos del pueblo no hubiera acudido en su socorro. Propúsose por el jefe de los agermanados un parlamento, que los del castillo aceptaron, como se acepta la última esperanza y un embajador de la hueste cercadora entró en la fortaleza. Lo ocurrido despues hace suponer que los mismos Caro y Peris fueron iniciadores y ejecutores á la vez de la capitulación.

Un escuadrón sin jefe es un cuerpo sin cabeza, un ciego que recibe la impresión de las cosas estrañas á él, por la preocupación á su inteligencia, así el pueblo, impaciente con el retraso de los parlamentarios, quizá excitado por la tenacidad de la lucha y despertada su excitación por uno de esos incidentes triviales que por la fuerza de las circunstancias son origen á una perturbación de espíritu, se extrañece, deja oír el trueno que precede al rayo y como arrasadora avalancha se lanzan á las murallas, encuentran la brecha, se introducen por ella y otra vez más, la espada de la justicia y de la libertad, se ve sustituida por el puñal asesino, y otra vez más, el sensual visionario convertido en verdugo, eclipsa

al guerreador por sus fueros y por su patria. Con este acto terminaron las negociaciones y huérfano de soldados tuvo el alcaide que ceder, acordándose la entrega del castillo y el desalojamiento de él, por la guarnición cuya vida sería respetada. Estipulado esto el 14 de Julio de 1521 salieron de la fortaleza las escasas fuerzas que restaban con su alcaide á la cabeza, quedando el castillo por las germanias.

*
* *

Pocos días despues de acontecidos los hechos que acabamos de apuntar, los agermanados de Murviedro demandaban ausilio á sus hermanos de Valencia, contra el duque de Segorbe y los moriscos que se le habían unido. Tales eran los términos de la demanda, que el pueblo de Valencia, al que se unió el clero bajo, demandó su sagrado estandarte *Lo rat penat* y á las órdenes de Ros, en número de cinco mil, salieron á vengar la afrenta sufrida por los de Murviedro.

El 18 de Julio se encuentra las huestes contrarias en los campos de Almenara y se traba el combate, como si para este hecho de armas, se hubiese reservado todo el coraje, todo la enemistad.

El pueblo recibe el ataque con firmeza se generaliza la lucha, considerada como la más terrible de aquella etapa y ya los nobles, ya los plebeyos, la diosa Victoria se inclina voluble ora al uno, ora al otro bando, hasta que un rasgo de esos que pudiéramos llamar diplomacia del campo de batalla viene á decidir la contienda: el jefe de las huestes nobles, duque de Segorbe, ordena una carga de la caballería que no había entrado en combate y ese aluvión, desconcierta á los plebeyos, les aturde y les obliga á emprender la retirada, dejando en el campo, como mudo testimonio de aquella infausta página de la historia la mitad de su gente, entre muertos y heridos.

La fortuna es mudable y bien pronto las negras gasas de la derrota, fueron cubiertos por los laureles de la victoria, tan solo once días bastaron para tornar venturosos los vientos contrarios.

Vicente Peris se hallaba con su hueste, haciendo correrías por la ribera del Alcoy, junto á Gandía, cuando el conde de Mélito, vi-rey *impartibus* durante aquel período, determinó ir en su busca, con un lucido ejército que comandaban con él D. Pedro Maza y el almirante de Aragón, Cardona. Los plebeyos decidieron desde el momento aceptar el combate y al aproximarse el enemigo, se organizaron para la lucha y Peris arengando á los suyos, avanzó á la cabeza, produciendo el entusiasmo y el arrojo de que depende, muchas veces, el éxito del combate.

Trábase la batalla, encarnizada, aquellos hombres no se sienten animados mas que de su rencor y de su ódio: despiden rayos los aceros al chocar con la fuerza que impele al del contrario, retumba el estampído del arcabuz, cruzan el aire con aquel silbido, simil del de la serpiente, las mil piedras, lanzadas por la certera mano del experto hondero, flotan las banderas á impulsos del aire viciado por las emanaciones de la pólvora, del sudor y de la sangre, los jefes animan á sus soldados y al fin los plebeyos ven ceder á sus contrarios, hacen el último esfuerzo y las gentes del vi-rey se dispersan y huyen, quedando el campo por las germanias. Las tropas populares, entran en Gandía y Peris, al que la ceguedad de unas horas de combate, no priva recordar que el vencedor ha de ser más cauto y más prudente que el vencido, reprime enérgicamente el saqueo, instituye un tribunal de grémios en la ciudad y con equitativa medida, reparte el botin, atendiendo á los méritos, por cada uno, contraidos. Quizá queriendo atraerse al clero hácia su lado, dispone que todos los mahometanos de Gandia y sus alrededores, séan bautizados inmediatamente, bajo pena

de vida y hacienda. No hay que ocultar que el pueblo, extremado por lo impresionable, cometió algunos abusos con esta medida, pues hubo moro infeliz, á quien so pretesto de administrar el agua redentora, se le introdujo en un aljibe del que salió para dar cuenta á otro tribunal superior á lo humano, en sus actos y sus creencias.

Los sucesos presentaban una fase de gravedad tal y el prestigio cobrado por el pueblo de las últimas victorias era tanto, que la nobleza valenciana no se juzgó suficiente para contrarestar la influencia y poder de las germanias: trató, pues, con la nobleza castellana y se formó un ejército poderoso, por su destreza y hábitos guerreros, pero inferior en el terreno moral, al del pueblo, pues llegó á cometer excesos que ni siquiera los hubiera soñado un villano.

Elche fué la primera etapa victoriosa de los cuerpos nobles, cayó en su poder, así como la división popular que mandaba un tal Palomares, el cual fué decapitado. Elche es un testigo, de que el noble (cegado por su ambición, su soberbia y sus vicios) de aquella época era capaz de descender las últimas gradas del envilecimiento: Elche, que fué saqueada inhumanamente, Elche, que vió ahorcar á su consejo de gremios; Elche, en fin, que vió desaparecer con las vidas de sus padres, el honor de sus hijos. Me detengo en los detalles, no porque pretenda rebajar á la nobleza española (á la que me honro pertener) sino porque el historiador ha de procurar la verdad de los sucesos, tan escarnecida por los cronistas de la antigüedad.

Recobrada la superioridad de la fuerza por la nobleza, el pueblo, es decir, esa parte de pueblo que constituye una masa inconsciente, dispuesta á dejarse guiar por la impresión del momento, abandonó la causa de las germanias. En Valencia, el cansancio producido por la excitación constante que exigía aquel período, la impor-

tancia, pues faltaban los recursos para sostener el ejército, las rencillas personales, habilmente fomentadas por los emisarios del vi-rey, provocaron la escision en el seno de la misma junta de los trece.

Esto hizo que se buscara una fórmula conciliatoria, y aunque Peris, cuya voz había simbolizado hasta entónces la de Dios, protestó, reclamó los fueros y derechos del pueblo, la sangre derramada sin fruto, la mayoría ó timorata, ó sobornada, vendió la confianza depositada por el pueblo en ellos, renunció sus reclamaciones, renegó de sus actos y palabras anteriores y unos jurados elejidos, sin presencia del pueblo, tomaron posesión de sus cargos, haciendo entrar al vi-rey, como victorioso en la ciudad de Valencia, el 1.º de Noviembre.

Pero la revolución no había muerto, vivía y vivía aun bastante terrible, amenazadora, pues había aumentado con un factor la suma de sus desengaños, de sus ódios: había apuntado un nombre más en las tablillas de la venganza: antes tenía que vengar injurias de los nobles, vejaciones de los moriscos, ahora había que arrojar al rostro de los traidores el baldón que conquista, el que por la poca fé en sus principios ó por el imperio de sus pasiones se hace encarnizado enemigo de quién le ayudó á sobrellevar el peso de la desgracia durante esta segunda etapa, Peris era el caudillo de la intransigencia, de la lealtad á lo jurado.

Alcira se había convertido en morada de las fuerzas revolucionarias y á este punto se dirigió el vi-rey con numerosa hueste el 13 de Noviembre, pero en Alcira había amor á la libertad firmeza en los principios y aun cuando el sitio estuvo acertadamente dirigido, los agermanados desplegaron bandera negra y obligaron á los asaltantes á levantar el cerco, mermadas sus fuerzas, por la pérdida de dos mil hombres, víctimas de aquella sangrienta jornada.

Játiva como la antigua Numancia, como la Zaragoza

de nuestros días, esculpió su nombre en el libro de los héroes de la historia de los mártires de la libertad. El virey, después de la catástrofe de Alcira y buscando una compensación que le realizara ante la opinión pública, llegó á Játiva y dispuso el cerco. Quiso emplear en este sitio toda su fuerza y toda su estrategia, quiso hacer de cada hombre suyo un héroe, sin comprender que cuando se pelea por la libertad, cada vencedor es un titán, pero cada vencido es un mártir y para el juicio de la historia es mil veces más heroico el que sucumbe á la fuerza que el que vence á la impotencia.

Después de asestar contra la plaza toda su artillería, dispone un desesperado asalto por seis puntos á la vez, y á aquel empuje ya cede la piedra, ya se derrumba un trozo de muralla, ya entra por ella un puñado de soldados, pero ya retrocede: dentro y detrás del muro de piedra, hay un bastión humano: cae uno, se levanta otro en su puesto y aquellos hombres, jadeantes, convulsionados por la prolongada lucha, sucumben sonriendo, antes que ceder una pulgada de terreno.

Se repite la investida y vuelve á chocar la fuerza invasora con aquella inexpugnable é infranqueable muralla: se coronan los torreones de ancianos temblorosos por el frío de la muerte, de mujeres emocionadas por el ruido de la lucha, de niños, sintiendo en su joven pecho el principio del fuego que anima á sus mayores y todos los que no pueden manejar la máquina de guerra, los que no tienen fuerza para empuñar un arcabuz, los que por su temblorosa mano no saben mantener una espada, arrojan las piedras de la medio derruida muralla, derriban sobre los contrarios calderos de agua hirviendo y por fin guardando la defensa, prestan fuerza á los sitiados para hacer una salida que dispersando á los contrarios, haciéndoles perder su artillería, privándolos de sus jefes, les obliga á batirse en retirada.

Despues de estos desastres, perdida la fuerza moral conquistada en las primeras victorias, la nobleza pretendió reanudar la conciliación, pero ahora solo quedaban leales, y para estos se hace imposible dar el abrazo de paz al enemigo, ante el cadáver aun caliente del mártir de la idea. Por eso el marqués de Zenete, que había marchado á Játiva con el intento de sentar un arreglo, tuvo que desistir, pues comprendió que aquellos rostros sombríos y silenciosos, ocultaban almas rebosantes de ódio y que aquellas ruinas marcaban el temple de sus habitantes.

Sin embargo el marqués solicitó hablar con los jefes agermanados y Peris, siempre deseoso de realizar aquellos actos de audacia que decidan muchas veces, la suerte de los pueblos, concurrió con sus compañeros y tan satírico se mostró en la conferencia, que fuera de sí el de Zenete juró exterminar al pueblo. Salióse luego de la asamblea y al llegar á la calle, vióse rodeado, acosado, obligado á rendirse quedando prisionero del pueblo.

Este acto conmovió profundamente á ambos partidos y aunque entónces se inició la idea de hacer al pueblo alguna concesión á cambio de la libertad del marqués, el vi-rey se opuso á ello y juró lavar con sangre la afrenta hecha á su hermano. Abandonó Peris, por entónces á Játiva y sin que se sepa, merced á que circunstancias el de Zenete regresó libre á Valencia en el mismo mes de Enero de 1552.

Quiso inaugurar su nueva campaña el vi-rey en Onteniente, pero los agremiados de esta se hallaban en compañía de una columna volante en Olleria, donde á pesar de hacer una resistencia heróica, sucumbieron al número, pagando el tributo del vencido con seiscientos prisioneros y sesenta ahorcados con gran regocijo de las tropas del vi-rey.

Mientras tanto Carcagente caía en poder de los nobles, no á bajo precio, pues sucumbió en el asalto el Jefe de la hueste vencedora D. Juan de la Cueva.

Al llegar á este punto la revolución sufre otro golpe que hiere mortalmente su vida. Hemos visto que Peris abandonó á Alcira: pues bién, su propósito era el de penetrar en Valencia y sublevar la población, evocando el recuerdo de las pasadas victorias.

En efecto, el 27 de Febrero circuló por la capital el rumor de su regreso y él que comprendía que los actos audaces son los que fanatizan á las masas y las arrastran, se presentó en público, como si jamás hubiera tenido enemigos.

No fueron fallidos sus cálculos, pues reuniendo restos de los antiguos gremios, puso su casa en situación de defensa, guarnecida y pertrechada é hizo recorrer la ciudad á sus timbaleros convocando á los soldados de la libertad para la reconquista de la ciudad.

El Consejo, en vista de esto, declaró á Peris traidor y le condenó á prisión con formación de proceso y haciendo esos alardes de poder y fuerza propios de los tiranos sin popularidad, reunió hasta cinco mil hombres que debían verificar la prisión de Peris, á quien defendían unos doscientos.

La calle de Gracia, en donde estaba la residencia de Peris, ofrecía un aspecto amenazador, toda la vía estaba cubierta de hombres armados y todos los terrados y aberturas de las casas dejaban ver una cabeza y un arma.

Peris era hombre que se crecía ante el peligro y tenía el dón de transmitir su entusiasmo á cuantos se hallaban á su alrededor, así es que aunque cayó sobre su gente, toda la hueste del vi-rey, no consiguió ésta la rendición de los pocos amigos del popular tribuno. Entonces tuvo lugar la mayor de las monstruosidades: dispúsose por el vi-rey, prender fuego á la morada de

Peris, y así se hizo. Resistir á los hombres, es posible, luchar contra un elemento, no lo es, así es que aquellos hombres que habían sabido hacer el sacrificio de sus vidas, volvían sus llorosos ojos hácia su Jefe, como esperando que de aquella frente, siempre fecunda, brotase la idea salvadora, pero ¡ah! el patricio infatigable, el tribuno que había de equipararse en la posteridad á los senadores romanos, el oscuro plebeyo, que había sabido contrarestar al poderoso Carlos I, estaba emocionado, sentía acudir á sus ojos el llanto, sentía sobre su corazón un peso irresistible: su mujer, su hijo, iban á perecer ó abrasados por el incendio ó sepultados en el derrumbamiento del edificio.

En tal situación habla con su esposa, la exhorta á que salga, imprime en la frente de su hijo un ósculo en el que se encierra un tesoro de ternura, vé partir aquella mujer, desolada, loca, por entre la ruina de lo incendiado y de la llama de lo que arde y despues.... el hombre audaz y enérgico, cae de rodillas y llora, llora, solloza, da un adios á aquel hijo inocente, á aquella esposa amada, á aquel amigo leal, á aquella pátria injusta, y después dirigiéndose á una ventana se descuelga por ella y marcha á entregarse al sitiador, con mucha más abnegación que Isaac al sacrificio, con mucha más nobleza que Padilla en los campos de Villalar.

Apenas llega á la calle, el populacho, es decir, la hez se lanza sobre él, como el bandido sobre el tesoro y es asesinado, arrastrado, sus miembros se fraccionan y medio deshecho, como una masa informe de carne y sangre es colgado en una horca y aquella noble sangre salpica el rostro de los asesinos, aunque... no los ciega.

Muerto Peris, muerta la revolución; había esta perdido en Lorenzo su cabeza, en Peris su brazo, podía quedar el corazón, pero sin raciocinio, sin impulsos. La historia esculpirá el nombre de Peris como uno de

aquellos, ante los cuales, las generaciones venideras deban exclamar arrodilladas: ¡Salve, padre de libertad, héroe del progreso, martir del derecho y de la justicia!

*
* *
*

El pueblo recibió la muerte de Peris, mudo, sombrío, pero con ese mutismo que es el mayor baldón para el noble que no sabe respetar al vencido, con ese silencioso dolor que encierra una protesta mil veces más terrible que la guerra. Quiso organizarse, pero no encontró jefe, se hallaba, como hemos dicho, sin brazo y sin cabeza. Entonces brotó uno de esos hombres misteriosos, enigmas vivientes, en cuya oscura existencia no ha podido penetrar la historia y galvanizó el cadáver de la revolución por breve tiempo, hizo lo que la medicina de su época, buscar en lo que hoy llamamos toxicología, remedio que diera algunas horas de existencia ficticia al moribundo.

Apareció en Játiva llamándose el hermano de la humanidad, enviado por Dios para hacer triunfar la causa popular. Ayudóle la suerte en unas algaradas á cuya cabeza se puso, conquistando para los suyos el laurel de la victoria y el botín del vencedor.

Aprovechó el misterioso sugeto estas circunstancias para circular la voz de que era un nieto de D. Fernando el Católico y el pueblo, siempre dado á la fantasía, varió su nombre de hermano, por el de *rey encubierto*.

Dirigió con notable valor y buen sentido varias expediciones en que la suerte fué favorable á sus armas y deseoso de desenvolver su plan se trasladó á Alcira, donde con sorprendente actividad, organizó una conjuración, que tal vez hubiera producido excelentes efectos si esa maldita raza de traidores que como una anatema pesa sobre la humanidad no se hubiera interpuesto.

Delatado el hecho fueron reducidos á prisión los

principales conjurados y pocos días después, descubierto el misterioso Jefe, en el asilo donde se ocultaba, fué asesinado y conducidos sus inanimados restos á Valencia, donde después de ser expuestos á la vergüenza, fueron quemados por la Inquisición.

Empezaron entonces los sacudimientos precursores de la muerte y Jativa, enarbolando de nuevo la bandera de las germanías, formó un cuerpo de tropas, que se dirigió hácia Valencia, en cuya ciudad hubiera entrado á no apresurarse el vi-rey, poniendo cerco á Jativa, lo que les precipitó á replegarse hácia aquella población, no sin conseguir una importante victoria sobre el conde de Mérito, al que obligaron á huir con los suyos.

Excitados los del pueblo por esta victoria, se dirigieron hácia Luchente, á la que atacaron vigorosamente, encontrando una heroica defensa y no se sabe como hubiera terminado aquella lucha si el vi-rey no hubiese acudido en auxilio de los sitiados, consiguiendo derrotar completamente á la hueste popular, aunque no sin respetables pérdidas.

La última hecatombe de esta desesperada lucha, fué Jativa, estrechamente sitiada por el vi-rey, que sostuvo con resignación y heroismo el cerco durante más de tres meses. Los jativeños vieron morir de hambre á sus hermanos, caer cada día un edificio ó un trozo de muralla por efecto de los proyectiles de los enemigos y cuando ya exhaustos, famélicos, desesperados, estaban á punto de devorarse los unos á los otros, dispuso el conde de Mérito el asalto.

Tal desesperación embargó el espíritu de aquellos que no defendían más que los cadáveres de sus deudos y convecinos, que hombres y mujeres, harapientos, acosados por el hambre, exasperados, lanzaban vasijas, cal hirviente, piedras, ¡cuanto encontraban á mano, contra los asaltantes y si uno de estos llegaba á escalar

el muro, como legión de espectros evocados por el géneo de la destrucción, se lanzaban sobre él, y á bocados, á golpes acababan con su vida, para después pisotear su cadaver y gozarse en su disección: á tanto llega la excitación de la fiebre y á tal grado se elevó entonces, que el ejército, bién armado, fuerte y valiente tuvo que retroceder y levantar el sitio ante aquella hueste de sombras, protegidas por su mismo deseo de morir.

Con esto acabó la guerra de Germanías, pues Alcira, una villa rebelde, tuvo que ceder y entregarse. En cuanto á Sorolla, Ros, Caro y demás caudillos, fueron entregados traidoramente á la justicia, terminando su vida en el cadalso ó en la hoguera.

* * *

Tal es la página sangrienta de nuestra historia, prólogo de otras mil, principio de las ideas democráticas, que tantas víctimas ocasionó. La índole de este trabajo no me ha permitido hacer el estudio detenido que el asunto merece, pero con lo hecho basta para demostrar que las germanías son tan dignas de estudio como las comunidades de Castilla, que su importancia histórica es mucha, con esta Memoria (mal escrita, pero fiel) hay lo suficiente para que el hombre admire los hechos de aquellos patriotas eminentes, superiores á su tiempo y para que cuando en el sagrado de la conciencia se eleve un culto á los mártires del progreso se diga:

¡Loor á Padilla, Bravo y Maldonado! ¡Gloria eterna á Lorenzo, Peris y Sorolla!

Santiago L. de Cegama.



